

PAPÁ

Jueves 9 de Marzo de 1995

Hace unos días fuimos a ver a mis padres. Por primera vez escuché decir a mi papá, a los ochenta y nueve años de edad: “*la vejez se me ha venido encima, porque ... me canso*”.

Y es que en un hombre como él, hasta ahora el cansancio podía dominar sólo por momentos; sin que lograra extender su permanencia por más de una noche. Al menos así lo veía yo, cuando era niño; siempre activo y animoso. Cargado de paquetes con herramientas y materiales, partía cada día rumbo a su trabajo; viajando en microbuses atestados de pasajeros muchas veces, sufriendo todo tipo de incomodidades.

Me admiraba que se levantase en la madrugada, cuando aún la noche estaba presente; sin la ayuda de un reloj despertador y, sin embargo, sin faltar casi nunca a su jornada laboral, ya que tenía muy buena salud; con excepción de las oportunidades en que, según sus propias palabras, llegaba a estar *prendido*; con síntomas muy similares a los que hoy yo mismo sufro, debido a mi colon irritable. En ese tiempo yo pensaba, acurrucado en mi cama: ¿cómo puede levantarse tan temprano, en las frías mañanas de invierno? Sin embargo, hoy me toca a mí hacer lo mismo.

Por las tardes, él volvía cansado de su arduo trabajo, pero siempre con sus largos y rápidos trancos al caminar. Con frecuencia me traía galletas de regalo; y cuando escuchaba su forma característica de tocar la puerta y el timbre, yo exclamaba:

- ¡Mi papá! – y salía a recibirlo, lleno de alegría.

Luego comía lo que mi madre le servía; y yo también, a veces, comía junto a él. Más tarde escuchaba las noticias, en la radio Agricultura, y enseguida se dedicaba a preparar sus implementos de trabajo para el día siguiente. Con algo de mal genio en su carácter, nunca quiso trabajar como empleado. Pese a su independencia, en esos años que para mí fueron muy felices, teníamos una situación bastante aceptable, y no me faltaban los juguetes; ya que los profesionales de la calidad técnica de mi padre no eran muchos.

En los fines de semana su pasatiempo favorito era leer el diario o escuchar algún

comentario noticioso en la radio; también íbamos con frecuencia al parque O'Higgins. No solía reunirse con amigos que no fueran familiares, no bebía alcohol y tampoco fumaba. En el verano íbamos, por el día, a Cartagena, luego de levantarnos muy temprano, para tomar el tren que partía desde la Estación Central. Cada dieciocho de septiembre acudíamos al *Circo de Las Aguilas Humanas*, donde hacíamos largas filas para obtener las entradas. El siempre iba adelante ... y nunca se cansaba.

MAMÁ

Miércoles 6 de noviembre de 1996

Mi madre ha envejecido también, y se queja con frecuencia de dolores en las piernas y en la espalda.

Algunos médicos la han examinado, pero no han dicho nada concreto. Ella piensa a veces que mi hermano mayor, que también es médico, le oculta algo; pero la verdad es que tarde o temprano los años transcurridos dejan sentir su peso. Todo esto tiene algo de triste, porque me encantaría ver a mis padres gozando de las travesuras de sus nietos. Sin embargo debo agradecer que Dios les haya dado vida hasta ahora; porque, por más achacosos y dependientes que estén, a los hijos siempre nos gusta que estén presentes en las grandes ocasiones y en los pequeños detalles de nuestra vida. No me imagino bien cómo será todo cuando se hallan ido.

Yo recuerdo a esa mujer llena de energía, que acudía con prisa a los lugares públicos donde predicaban los miembros de nuestra iglesia. Sin duda, su mayor orgullo fue y sigue siendo el ser evangélica. Pero ya no puede salir a predicar como antes, porque no es capaz de sostenerse en pie por tanto tiempo, y debe conformarse con acudir a las reuniones que se realizan en la Catedral, de vez en cuando. Lejanos están los días en que, sin faltar jamás, junto a sus cinco hijos regresaba caminando a casa los días domingo; desde aquel gran templo, ubicado a unas quince cuadras de nuestro hogar. A cada persona que se cruzaba en su camino le hablaba de Dios, y de

la gran obra que El había hecho en su vida.

Ella antes fue católica. Se cambió de religión a raíz de una grave enfermedad que contrajo mi hermana. En su desesperación, al ver que los médicos no le daban ningún remedio efectivo, recurrió a la fe, orando al Señor, para que sanara a su hija; tal como le había enseñado una hermana carnal, mi tía Tina. Dios sanó a mi hermana, y mi madre se quedó para siempre en medio de la congregación que asistía al templo que en ese tiempo era bastante más pequeño, y que tenía su entrada principal en el número 40 de la calle Jotabeche, muy cerca del centro de la ciudad de Santiago.

PAPÁ Y MAMÁ

Domingo 30 de Septiembre de 2001

Mis padres nacieron en el Norte de Chile, pero se conocieron en Santiago, la capital de nuestro país. El nació en *Las Totoras* y ella en *Quilitapia*, lugares que todavía no conozco. Eran sitios campestres, desde donde los jóvenes debían acudir a lugares más poblados para estudiar. Mientras mi madre sólo cursó la enseñanza básica, mi padre llegó hasta los cursos de humanidades.

Corrían los tiempos, en las primeras décadas de nuestro siglo, en que se venían familias completas a la capital, buscando mejores horizontes. En la de mi padre abundaban los varones, y en la de mi madre abundaban las damas. Hace ya más de quince años que fallecieron todos los hermanos de mi papá; en cambio, aún viven cuatro de las hermanas de mi madre. Claro que ella es varios años menor que él; ya que en esos tiempos eran más comunes los matrimonios con grandes diferencias de edad.

Mi padre nació en el año 1906; así es que fue testigo de las grandes transformaciones del siglo veinte. Tras llegar a Santiago, en el año 1924, ejerció diversos oficios, tales como: cobrador de pasajes en tranvías, empleado de vidrierías, y otros. Gracias a Dios, tuvo la precaución y la inteligencia que le permitieron adquirir

conocimientos técnicos superiores, con estudios nocturnos, tras lo cual pudo dedicarse al ejercicio profesional de las instalaciones eléctricas domésticas. Sus diplomas dan cuenta de su aplicación; y también yo sería testigo, más tarde, de la excelente calidad de su trabajo. Sus clientes eran personas adineradas que vivían en el barrio alto de nuestra ciudad, que le demostraban mucho aprecio. Sin embargo, no se casó en su juventud, preocupado de ayudar en lo que fuera a sus hermanos menos preparados, y a sus pequeños sobrinos. Recién adquirió el sagrado vínculo cuando bordeaba los cincuenta años de edad, en un lluvioso día de invierno.

El tenía un carácter más bien reservado, quizá hasta algo tímido o poco sociable, pero amable con todo el mundo. No recuerdo que me haya castigado alguna vez con dureza; aun cuando jamás le falté el respeto. Ella, en cambio, era extrovertida y alegre, y de carácter dominante; le molestaba que sus hijos la contradijeran, y en ese aspecto, era yo el que más rabias le causaba. Imponía el orden como fuera; pero era abnegada hasta el exceso, luchando para que sus hijos salieran adelante. El se declaraba católico, pero lo cierto es que en modo alguno practicaba esa religión; ya que nunca iba a misa, ni rezaba, ni sus palabras reflejaban la fe en Cristo que, en cambio, desbordaba en las frases de mi madre. Curiosamente, lo único que practicaba era el acudir, el Viernes Santo de cada año, al cine; para ver la *Vida, Pasión y Muerte de Jesús*. No es extraño, entonces, que todos sus hijos resultaran evangélicos.

No participaban en política, ni sus conversaciones trataban ese tema con frecuencia. Sólo pude percibir su simpatía por don Jorge Alessandri Rodríguez, quien fuera presidente entre los años 1958 y 1964. La única vez que le les vi algo afectados, por lo tanto, fue cuando ese notable personaje fue derrotado, al ir por su reelección, en el año 1970; por don Salvador Allende Gossens. Y es que justamente a partir de entonces nuestra situación económica comenzó a desmejorar, ya que algunos clientes de mi padre se fueron del país. Después de eso, nada sería igual en dicho aspecto, puesto que él además envejecía y su sordera iba en aumento con los años.